LA DECADENCIA DE LA MENTIRA
Una observación
Un diálogo

PERSONAJES: *Cyril* y *Vivian*. ESCENA: *la biblioteca de una mansión en Nottinghamshire.*

CYRIL (*entra por la ventana abierta desde la terraza*): Mi querido Vivian, no te quedes todo el día encerrado en la biblioteca. Hace una tarde espléndida y el aire es cálido. Por el bosque se extiende una bruma similar a la flor púrpura de los ciruelos. Salgamos y tumbémonos sobre la hierba, fumemos cigarrillos y disfrutemos de la naturaleza.

VIVIAN: ¡Que disfrutemos de la naturaleza! Me complace anunciar que he perdido esa facultad por completo. La gente dice que el arte nos hace amar todavía más la naturaleza, que nos revela sus secretos y que, tras estudiar concienzudamente a Corot y a Constable, descubrimos cosas en ella que an-

VINCLE EDITORIAL

tes escapaban a nuestra observación. Según mi experiencia, cuanto más estudiamos el arte, menos nos interesa la naturaleza. En realidad, lo que el arte nos revela es la falta de un plan por parte de la naturaleza, sus extrañas imperfecciones, su insólita monotonía, su estado absolutamente inacabado. Por supuesto, la naturaleza tiene buenas intenciones; pero, como dijo una vez Aristóteles, no puede llevarlas a cabo. Cuando contemplo un paisaje, me es imposible ignorar sus defectos. No obstante, es una suerte para nosotros que sea tan imperfecta, ya que de lo contrario no existiría el arte. El arte es nuestra enérgica protesta, nuestro valiente esfuerzo por poner a la naturaleza en su sitio. En cuanto a su infinita variedad, no es más que un mito. La variedad no se encuentra en la naturaleza misma, sino que reside en la imaginación, en la fantasía o en la ceguera que cultiva su observador.

Cyril: Bueno, no tienes por qué contemplar el paisaje. Puedes tumbarte sin más sobre la hierba, fumar y conversar.

Vivian: ¡Pero es que la naturaleza me parece tan incómoda! La hierba está áspera, irregular, húmeda y llena de insectos negros y desagradables. ¡Vaya! Hasta el obrero más humilde de Morris[1] podría fabricarte un asiento mucho más cómodo que el que pudiera hacer la naturaleza entera. Esta palidece ante el mobiliario de la calle «que de Oxford tomó prestado el nombre», como declaró vilmente el poeta que tanto admiras.[2] No me quejo de ello. Si la naturaleza hubiera sido cómoda desde el principio, la humanidad no habría in-

1- Se refiere a William Morris (1834-1896), un poeta, artista y diseñador inglés que defendía el regreso a los modos de producción artesanales, alejados de la fabricación en serie propia de la época industrial.

2- Se trata del poeta romántico William Wordsworth. El poema al que se hace referencia es «Power of Music».

VINCLE EDITORIAL

ventado la arquitectura, y a mí me gustan más las casas que el aire libre. En una casa todo está proporcionado. Todo en ella está diseñado y construido para nuestro uso y deleite personales. Incluso el egoísmo, tan necesario para tener un verdadero sentido de la dignidad humana, surge exclusivamente de la vida en el interior. De puertas afuera uno se convierte en algo abstracto e impersonal. Nuestra individualidad desaparece. Y, además, ¡la naturaleza es tan indiferente, tan desagradecida! Cada vez que paseo por este parque me da la impresión de que le importo lo mismo que el ganado que pasta por la ladera o que la bardana que florece en la acequia. Es evidente que la naturaleza odia al intelecto. Pensar es el acto menos saludable que existe en el mundo, y la gente muere de ello como de cualquier otra enfermedad. Por fortuna, en Inglaterra al menos, el hábito de pensar no ha arraigado. La magnífica constitución física de nuestro pueblo se debe por completo a nuestra estupidez nacional. Espero que seamos capaces de conservar muchos años este gran baluarte histórico de nuestra felicidad, aunque me temo que empezamos a estar educados en exceso; hasta los que son incapaces de aprender se dedican a la enseñanza. A tal punto ha llegado nuestro entusiasmo por la educación. Mientras tanto, más te vale que regreses a tu fastidiosa e incómoda naturaleza y me dejes a mí corregir estas pruebas.

Cyril: ¡Has escrito un artículo! Eso no es muy coherente con lo que acabas de decir.

Vivian: ¿Y quién quiere ser coherente? El necio y el doctrinario, esa gente tediosa que lleva sus principios hasta el amargo extremo de la acción, hasta la *reductio ad absurdum* de la práctica. Yo no. Al igual que Emerson, tengo escrita la

VINCLE EDITORIAL

palabra «capricho» sobre la puerta de mi biblioteca. Además, lo cierto es que mi artículo es un manifiesto muy útil y valioso. Si se le presta atención, puede conducir a un nuevo Renacimiento del Arte.

Cyril: ¿Sobre qué trata?

Vivian: Pienso titularlo «La decadencia de la mentira: una protesta».

Cyril: ¡De la mentira! Ese es un hábito propio de los políticos.

Vivian: Te aseguro que no. Nunca van más allá de los límites de la tergiversación, y de hecho se rebajan a demostrar, discutir y argumentar. ¡Qué diferente es el carácter de un verdadero mentiroso, con sus afirmaciones francas y audaces, su soberbia irresponsabilidad y su sano y natural desprecio por toda clase de pruebas! Al fin y al cabo, ¿qué es una buena mentira? Pues la que se demuestra por sí sola. Si un individuo carece de imaginación hasta el punto de aportar pruebas que respalden su mentira, es mejor que diga la verdad directamente. No, los políticos no nos sirven. Otra cosa sería el ámbito de la abogacía. Sus miembros se cubren con el manto del sofista. Su vehemencia fingida y su retórica irreal son un deleite. Hacen que la peor causa parezca la mejor, como si acabaran de salir de las escuelas leontinas,[3] y en ocasiones consiguen que jurados estrictos absuelvan triunfalmente a sus clientes, aunque sean, como ocurre a menudo, indudablemente inocentes. Pero se instruyen en lo prosaico y no se avergüenzan de apelar a los precedentes.

VINCLE EDITORIAL

3- Leontinos era una colonia griega en Sicilia. Allí nació, en el siglo v antes de Cristo, el filósofo sofista Gorgias, gran defensor de la retórica como disciplina; por lo tanto, esta referencia a las «escuelas leontinas» alude probablemente a la tradición retórica y, más concretamente, sofista que existía en la ciudad.

A pesar de sus esfuerzos, la verdad acaba saliendo a la luz. Hasta los periódicos han degenerado y se han vuelto absolutamente fiables. Se tiene esa sensación al leer sus columnas: siempre ocurre lo ilegible. Me temo que no hay mucho que decir a favor del abogado ni del periodista. Además, lo que estoy defendiendo es la mentira en el arte. ¿Quieres que lea lo que he escrito? Puede que te resuelva muchas dudas.

Cyril: Claro, si me das un cigarrillo. Gracias. Por cierto, ¿en qué revista quieres publicarlo?

Vivian: En la *Retrospective Review*.[4] Creo que ya te dije que los elegidos la habían resucitado.

Cyril: ¿A quién te refieres con «los elegidos»?

Vivian: Pues a los Hedonistas Cansados, por supuesto. Es un club del que soy miembro. Cuando nos reunimos nos ponemos rosas marchitas en el ojal y rendimos una especie de culto a Domiciano. Temo que tú no eres apto para entrar en él, puesto que te gustan demasiado los placeres simples.

Cyril: ¿Quieres decir que me rechazarían porque soy demasiado vivaracho?

Vivian: Es lo más probable. Además, eres un poco mayor. No admitimos a nadie que tenga una edad convencional.

Cyril: Bueno, seguro que os aburrís mucho los unos de los otros.

Vivian: Cierto. Ese es uno de los propósitos del club. Bueno, si prometes no interrumpirme muchas veces, te leeré mi artículo.

Cyril: Tienes toda mi atención.

VINCLE EDITORIAL

4- Se trata de una revista centrada en la literatura inglesa antigua que se publicó entre 1820 y 1828 y que resurgió, por poco tiempo, en la década de 1850. Por lo tanto, en la época de Wilde hacía décadas que había dejado de publicarse.

VIVIAN (*lee con una voz muy clara)*: «LA DECADENCIA DE LA MENTIRA: UNA PROTESTA. Una de las principales causas que quizá justifiquen el carácter curiosamente anodino de casi toda la literatura de nuestra época es, sin duda, la decadencia de la mentira como arte, como ciencia y como placer social. Los historiadores antiguos nos ofrecieron encantadora ficción en forma de hechos; el novelista moderno nos presenta hechos aburridos disfrazados de ficción. El libro azul[5] se está convirtiendo con gran rapidez en su ideal de método y estilo. Tiene su monótono *document humain,* su pequeño y miserable *coin de la création,*[6] que observa detenidamente a través de su microscopio. Se le puede encontrar en la Biblioteca Nacional de Francia o en el Museo Británico, investigando sobre su tema sin vergüenza alguna. Ni siquiera se atreve a inspirarse en las ideas de los demás, sino que se empeña en basarse en la vida para todo y, al final, entre las enciclopedias y su propia experiencia, termina mordiendo el polvo, tras haber extraído sus personajes del círculo familiar o de la lavandera, y haber acumulado una cantidad de información útil de la que ya no puede liberarse del todo ni siquiera en sus momentos de reflexión.

»Es difícil exagerar la pérdida que representa este falso ideal de nuestro tiempo para la literatura en general. La gente habla con ligereza de los "mentirosos natos", al igual que lo hace de "los poetas natos". Sin embargo, en ambos casos se equivoca. La mentira y la poesía son artes; artes que, como

VINCLE EDITORIAL

5- Un libro azul era un documento oficial del gobierno británico, encuadernado con tapas azules, que reunía archivos sobre asuntos políticos y sociales, con el objetivo de informar al público general y al Parlamento.

6- 'Rincón de la creación'.

observó Platón, se relacionan entre sí y requieren un estudio a fondo y una dedicación de lo más desinteresada. De hecho, tienen su técnica, al igual que las artes más materiales de la pintura y la escultura tienen sus secretos sutiles de forma y color, sus misterios del oficio, sus métodos artísticos deliberados. Así como se puede reconocer a un poeta por su buena música, también se puede reconocer a un mentiroso por su enunciación rítmica y elegante, y en ninguno de los dos casos bastará con la inspiración casual del momento. En este ámbito, como en todos, se necesita práctica para alcanzar la perfección. Pero en la actualidad, mientras que la moda de escribir poesía se ha extendido demasiado (y habría que desalentarla en la medida de lo posible), la costumbre de mentir casi ha caído en desgracia. Muchos jóvenes nacen con un don natural para la exageración que, si se cultivara en un ambiente cordial y propicio, o a través de la imitación de los mejores modelos, podría alcanzar su máximo potencial y convertirse en algo maravilloso. Pero, por lo general, no llegan a nada. O bien adquieren hábitos indolentes de exactitud...»

Cyril: ¡Amigo mío!

Vivian: No me interrumpas a mitad de frase, por favor. «O bien adquieren hábitos indolentes de exactitud, o bien empiezan a frecuentar la sociedad de los mayores y bien informados. Ambas opciones son igual de nefastas para su imaginación, como lo serían para la imaginación de cualquiera, y, en poco tiempo, desarrollan la facultad mórbida y malsana de decir la verdad, empiezan a verificar todas las afirmaciones que se hacen en su presencia, no dudan en contradecir a quienes son mucho más jóvenes que ellos y a menudo

VINCLE EDITORIAL

acaban escribiendo novelas que se asemejan tanto a la realidad que carecen de toda verosimilitud. Este no es un caso aislado. Es un ejemplo entre muchos; y si no se hace algo para refrenar o, al menos, modificar nuestro monstruoso culto a los hechos, el arte se tornará estéril y la belleza desaparecerá del país.

»Hasta el señor Robert Louis Stevenson, ese maestro extraordinario de la prosa delicada y fantasiosa, se ha contagiado de este vicio moderno, para el que no tenemos otro nombre mejor. Es bien posible robarle realidad a una historia al tratar de hacerla demasiado verdadera, y *La flecha negra* es tan antiestética que no contiene ni un solo anacronismo del que hacer gala, mientras que la transformación del doctor Jekyll recuerda peligrosamente a un experimento de la revista *The Lancet*. En cuanto al señor Rider Haggard, que sí que tiene, o antaño tuvo, las hechuras de un mentiroso perfecto y magnífico, ahora tiene tanto miedo de ser acusado de genio que, cuando nos cuenta algo prodigioso, se siente obligado a inventar una reminiscencia personal y a ponerla en una nota a pie de página como una especie de corroboración cobarde. Tampoco es que nuestros otros novelistas sean mucho mejores. El señor Henry James escribe ficción como si fuera una dolorosa obligación y desperdicia en motivos mezquinos y «puntos de vista» imperceptibles su pulcro estilo literario, sus frases felices y su sátira ágil y cáustica. El señor Hall Caine, es cierto, apunta a lo grandioso, pero luego escribe a voz en grito. Habla tan alto que no se oye lo que dice. El señor James Payn está muy versado en el arte de ocultar lo que no vale la pena encontrar. Va a la caza de lo obvio con el entusiasmo de un detective miope.

VINCLE EDITORIAL

Conforme uno va pasando páginas, el suspense del autor se vuelve prácticamente insoportable. Los caballos del faetón del señor William Black no se elevan hacia el Sol: solo asustan al cielo crepuscular y lo fuerzan a sucumbir a violentos efectos cromolitográficos. Al verlos acercarse, los campesinos se refugian en el dialecto. La señora Oliphant parlotea agradablemente sobre vicarios, partidos de tenis, domesticidad y otras cosas tediosas. El señor Marion Crawford se ha inmolado en el altar del color local. Se parece a aquella señora de la comedia francesa que no para de hablar de *le beau ciel d'Italie*. Además, ha caído en la mala costumbre de proferir tópicos morales. Siempre nos dice que ser bueno es ser bueno, y que ser malo es ser malvado. A veces es casi edificante. *Robert Elsmere* es, por supuesto, una obra maestra; una obra maestra del *genre ennuyeux*,[7] la única forma de literatura que los ingleses parecen disfrutar plenamente. Un amigo nuestro, joven y reflexivo, nos dijo una vez que le recordaba la clase de conversación típica de una merienda cena en casa de una familia inconformista[8] seria, y la verdad es que nos lo podemos creer fácilmente. De hecho, un libro así solo podía haber salido de Inglaterra. Al fin y al cabo, Inglaterra es el hogar de las ideas perdidas. En cuanto a esa gran escuela de novelistas que gana adeptos cada día que pasa, para quienes el sol sale siempre por el East-End,[9] lo único que puede decirse de ellos es que encuentran la vida cruda y la dejan en carne viva.

VINCLE EDITORIAL

7- 'Género aburrido'.

8- En el Reino Unido se considera *inconformistas* a todas aquellas ramas del protestantismo que no pertenecen a la Iglesia Anglicana.

9- El East-End es un barrio de Londres. Aquí Wilde ha querido jugar con la frase hecha «el sol sale siempre por el este».